

CAPÍTULO XLIV.

Nuevos estóicos.

CARÁCTER DEL ESTOICISMO EN TIEMPO DE LOS ANTONINOS.—EPICTETO.—ARRIANO.—MARCO AURELIO.

Carácter del estoicismo en tiempo de los Antoninos.

Al ingenio de los romanos no le acomodaban mucho las especulaciones metafísicas sobre las cuales pretendieron los primeros estóicos levantar el edificio de su sistema. En Epicteto y Marco Aurelio se hallan pruebas bastante numerosas de cierta indiferencia por una multitud de problemas mas ó menos importantes, debatidos en otro tiempo en el Pórtico por Zenon, Crisipo y todos los filósofos que se preciaban empero de seguir la huella moral. Desecharon las argucias en que se complacia la lógica estóica. En ellos el estoicismo se redujo á sus verdaderas proporciones, pues lo mondaron con mano firme y vigorosa de toda broza parásita. De acuerdo con sus maestros acerca de los puntos verdaderamente esenciales, manifestaron en lo demás una gran libertad de pensamiento y la fecunda virtud de la independencia. Además, en el siglo II de nuestra era, el estoicismo ya no podia hablar el lenguaje que antes bastara á los contemporáneos de Pirro. El tiempo habia andado y transformado con su accion insensible las disposiciones y voluntad de los hombres. Habia en todas las almas cierta fuente de amor que queria correr y derramarse. En el fondo de los corazones germinaba sordamente la idea de la fraternidad humana. Basta abrir á la ventura los libros de Epicteto y Marco

Aurelio para ver el luminoso indicio del inmenso adelanto moral realizado desde hacia tres siglos. La humildad, la abnegacion cuya virtud eficaz proclama continuamente Epicteto; la expansiva ternura, el amor al prójimo, el sacrificio á la dicha de los hombres, que fueron toda la vida al par que toda la filosofía de Marco Aurelio, parece que son, digámoslo así, de un mundo diferente del de las meditaciones de Zenon y Crisipo sobre lo que constituye la fortaleza y la dignidad del alma, y sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. Los maestros del Pórtico negaban el dolor y proscribían la piedad, calificando casi de crímenes las flaquezas del ánimo y las emociones mas gratas y naturales. Merced á Epicteto y Marco Aurelio, la naturaleza recuperó sus derechos hasta en el estoicismo. En ellos no hay nada utópico: el uno dictó leyes que con el cambio de algunas palabras pasaron á ser la regla de S. Nilo y de los solitarios del monte Sinaí; y el otro, retratándose á sí mismo, compuso uno de los mas sublimes tratados de moral que nunca se han escrito.

Epicteto.

Dice Pascal en los *Pensamientos*: «Epicteto es uno de los filósofos del mundo que mas han conocido los deberes del hombre. Ante todo, quiere que este considere á Dios como á su principal fin; que se persuada de que lo rige todo con justicia; que se someta á él de buen grado y le siga voluntariamente en todo, ya que todo lo hace con suprema sabiduría: que así esta disposicion contendrá toda queja y todo lamento, y preparará su ánimo á sufrir tranquilamente los mas graves disgustos. Nunca digas, dice: he

perdido eso ; antes dí : lo he restituido ; mi hijo ha muerto : lo he restituido ; mi esposa ha muerto : la he restituido ; y así de los bienes y todo lo demás. Pero quien me lo quita es un malvado, dirás. ¿Y qué te importa que sea este ó el otro por quien lo reclame el que te lo ha prestado ? Mientras permite que lo uses, guárdalo como un bien ajeno, como hace un viajero en una venta. Tú no debes desear, dice tambien, que se hagan las cosas como quieres ; sino que debes querer que se hagan como se hacen. Acuérdate, añade, de que estás aquí como un actor, y desempeñas tu papel en una comedia, tal como al amo le place dártelo. Si te lo da corto, desempeñale corto ; si largo, representale largo : permanece en escena todo el tiempo que él quiera ; preséntate rico ó pobre, segun su mandato. Cuenta tuya es representar el papel que se te ha repartido ; elegirlo es cuenta de otro. Tén siempre presente la muerte y los males que mas insoportables parecen, y nunca tendrás bajos pensamientos ni desearás cosa alguna con exceso. Indica de mil modos lo que el hombre debe hacer. Quiere que sea humilde, que calle sus buenos propósitos, sobre todo á los principios, y los cumpla en secreto : nada los malogra mas que manifestarlos. No se cansa de repetir que todo el estudio y el deseo del hombre han de consistir en conocer la voluntad de Dios y cumplirla. Tales eran las luces de aquel grande entendimiento, que tan bien conoció los deberes del hombre : ¡ dichoso si tambien hubiese conocido su flaqueza ! »

Arriano.

Nada escribió Epicteto por sí mismo ; pero su discípulo Arriano redactó con el título de *Manual* un compendio de

las doctrinas morales de Epicteto, y recopiló en una larga obra intitulada *Disertaciones* las lecciones y pláticas de aquel gran filósofo. El *Manual* y las *Disertaciones* son obras maestras, no solo por la nobleza y verdad de los pensamientos, sino por la varonil belleza de un estilo sencillo, claro, correcto, enérgico, que no carece de elegancia y gracia. Arriano tomó por modelo á Jenofonte, y las *Disertaciones* traen á la memoria, sin mucha desventaja, las *Memorias de Sócrates*. En ellas á veces se leen cosas sublimes, como por ejemplo el diálogo de Vespasiano y Helvidio Priseo, donde el alma humana alcanza proporciones casi divinas : « No vayas al senado. — De tí depende que no sea yo senador ; pero siéndolo, debo asistir á las deliberaciones. — Enhorabuena, vé ; pero no digas palabra. — No me preguntes mi parecer, y callaré. — Es que debo preguntártelo. — Pues yo debo decir lo que me parece justo. — Es que si hablas, te haré perecer. — ¿ Y cuándo he dicho que sea inmortal ? Haz lo que te convenga ; yo haré lo que me convenga á mí ; á tí te conviene matar : á mí, perecer sin temor ; á tí te conviene desterrar : á mí, partir sin disgusto (1). »

No solo era Arriano un excelente escritor filosófico, sino tambien uno de los mejores historiadores de la antigüedad. Su *Historia de la Expedicion de Alejandro*, en siete libros, es un resúmen fiel y muy bien hecho de las relaciones originales redactadas por los compañeros de armas del conquistador macedonio, ó por los historiógrafos que iban en su séquito. La narracion es clara é interesante : la marcha de los ejércitos, las batallas y los sitios están descritos con maestría. El estilo reúne las mismas calidades que se ad-

miran en las *Disertaciones*, y la obra no es indigna de compararse con el *Anabase*; pues en esta composición histórica también tomó Arriano á Jenofonte por modelo. Historia es esta que supera infinitamente á todas las que tratan de Alejandro. La *Indica*, que forma su complemento, está escrita en dialecto jónico, por el estilo de Herodoto. La descripción que Arriano nos dejó de la India, de las costumbres de los habitantes, de sus instituciones y carácter, concuerda más que todas las relaciones antiguas con lo que en el día sabemos de aquel portentoso é inmutable país. Arriano escribió otras obras de filosofía, historia y geografía, de las cuales queda poca cosa; y dos tratados sobre el arte militar y otro sobre la caza, habiendo llegado los tres hasta nosotros. Era un estadista, un general distinguido, y no un retórico ó un sofista. Nació en Nicomedia de Bitinia en los primeros años del siglo II. Distinguióse en la carrera de las armas en tiempo de Adriano, y merced solamente á su capacidad, encumbróse á una posición elevada. En el año 134 fué nombrado gobernador de Capadocia, y los Antoninos le prodigaron pruebas de aprecio y benevolencia.

Marco Aurelio.

El segundo Antonino, á quien llamamos comunmente Marco Aurelio, escribió en griego el admirable libro intitulado *Para sí mismo*, ó los *Pensamientos*. Marco Aurelio no es aticista como Arriano. En cuanto á la dicción, en nada se parece á Jenofonte, y aun menos á Platon, ni siquiera á ningun autor clásico. Casi es semibárbaro. A menudo, en vez de expresar explícitamente su pensamiento, se limita á fórmulas de su invención, á palabras recordativas que le

bastaban para entenderse consigo, y que solo nos ofrecen enigmas por descifrar. El neologismo del augusto escritor se cura muy poco de los preceptos de la analogía, y sus insólitas construcciones descaminan á cada paso todas las previsiones gramaticales. Pero ¡cuántas bellezas sublimes no brillan en aquel estilo, ó mejor, en aquel pensamiento, á pesar de la extraña irregularidad de la forma y de lo áspero de la dicción! Pudiéramos citar numerosos y admirables ejemplos; pero nos concretaremos á copiar el pasaje en que Marco Aurelio resume en breves palabras los principios fundamentales de su doctrina: «Cuanto te acomoda, oh mundo, me acomoda á mí. Nada es para mí prematuro ó tardío, si para tí está en sazón. Cuanto me traen las horas es para mí un fruto sabroso, oh naturaleza. Todo viene de tí; todo está en tí; todo vuelve á tí. Dijo un personaje: ¡Oh amada ciudad de Cecrope! Pero tú (Marco Aurelio) no puedes decir: ¡Oh amada ciudad de Júpiter!»

CAPÍTULO XLV.

Luciano.

VIDA DE LUCIANO.—ESCEPTICISMO DE LUCIANO.—LUCIANO MORALISTA Y ESCRITOR.—NOVELAS DE LUCIANO.—LUCIO Ó EL ASNO.—HISTORIA VERDADERA.—POESÍAS DE LUCIANO.

Vida de Luciano.

Luciano nació en Samosata, capital de la Comagena, provincia de Siria. Se ignora la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Solo se sabe que fué contemporáneo de Trajano, Adriano y los Antoninos, y que llegó á una edad muy avan-

zada. Destinábanle sus padres á la profesion de escultor; pero no tenia la menor aficion á este arte; en términos que, tomada la primera leccion, abandonó al maestro á quien le confiaran, el cual era hermano de su madre. Dedicóse enteramente al estudio de las bellas letras, y en breve pudo aprovechar su talento. Hasta los cuarenta años de edad concretóse á abogar ó á dar lecciones de retórica, primero en Antioquía y luego en Alénas. Entonces fué cuando comenzó á escribir para el público, y á viajar. Pasó á Italia, donde permaneció largo tiempo; de allí se trasladó á las Galias, y en seguida al Asia Menor. Por último fijó su residencia en Egipto, donde el emperador Marco Aurelio le habia confiado importantes cargos administrativos y judiciales. Probablemente falleció en Alejandría, en los primeros años del reinado de Cómodo. Antes de llegar á los honores, habia ya adquirido fortuna y renombre. Sus escritos eran leídos con avidez; y se le pagaban á crecidos precios las lecciones y los discursos que hacia de paso, como los sofistas y retóricos de su tiempo. Despues de referir el sueño que determinó, decia, su vocacion literaria, añade (1): « Quien oye la relacion de mi sueño sentirá, estoy seguro de ello, renacer el valor en su alma. Me tomará por ejemplo; reflexionará en lo que yo era cuando principié mi carrera y me di al estudio, sin que me arredrara la pobreza que á la sazón me estrechaba; y querrá imitarme, al ver el estado en que he vuelto á vosotros, no menos ilustre que cualquier escultor, por no decir nada mas.»

(1) Luciano, *Sueño ó Vida*, (al fin.)

Esepticismo de Luciano.

Han aseverado algunos, pero sin probarlo, que Luciano abrazó la fe cristiana, y que en seguida apostató; siendo así que, por el contrario, de sus mismos escritos se desprende que el cristianismo era para él una cosa casi del todo desconocida. Tiene de esta religion una noticia muy escasa, muy vaga, en la que no se traslucen las instrucciones que entonces recibian los catecúmenos. Llega al extremo de afirmar que los cristianos hicieron de Peregrino su pontífice, su legislador y su Dios; y los pinta como una turba imbécil que se deja embaucar por el primer charlatan que se presenta. « Esos infelices, dice, creen que son inmortales, y que vivirán eternamente. En su consecuencia desprecian los suplicios, y se entregan voluntariamente á la muerte. Su primer legislador les ha persuadido de que todos son hermanos. Desde el momento que abjuran nuestro culto, reniegan de los dioses griegos y adoran al sofista crucificado cuyas leyes guardan. Como reciben sus preceptos con ciega confianza, desprecian todos los bienes y los creen comunes. De modo que si entre ellos apareciese un impostor sagaz, podria enriquecerse muy pronto burlándose de esos hombres cándidos y crédulos (1).»

Luciano es escéptico, así en filosofia como en religion: los dioses del Olimpo y los filósofos son continuamente el blanco de sus irreverentes ataques; mas como su escepticismo no es nada especulativo, y en el fondo no es mas que el humor satírico de su carácter, sus genialidades alcanzan tambien á los escépticos. Así es que en las *Sectas en Almo-*

(1) Luciano, *Muerte de Peregrino*, cap. XIII.

neda, donde con tanto gracejo ridiculiza á los jefes de escuelas filosóficas, no trata mejor á Pirro que á los demás. El amo que compra á este como á esclavo le prueba con argumentos algo recios que allí hay alguien; y aunque el filósofo repita aun, mientras el otro le apalea: *Abstente de toda decision*, no es él quien vence en la disputa: el palo hace maravillas; y Pirro, quieras que no, sigue á su amo al molino. El escepticismo de Luciano, como nosotros lo definiríamos, es un método satírico, pues no excluye la creencia en las verdades del orden natural, y hasta estriba esencialmente en los datos del sentido comun. Adviértase, empero, que Luciano se detiene en los principios mas crasos: no ve ó no quiere ver sino lo que se ve, se siente y se toca. La esfera del pensamiento no es para él mas que una region de quimeras; y segun él, todo lo que traspasa el estrecho horizonte de nuestros sentidos y de nuestra vida, nunca ha existido, á no ser en la imaginacion de los filósofos ó en las disparatadas creencias de la muchedumbre ignorante.

Ningun escritor daria una idea mas viva del estado de las almas en aquel siglo, en el que el paganismo ya no causaba ilusion á nadie y el cristianismo aun no habia triunfado completamente. La reputacion y el aprecio de que toda su vida gozó semejante incrédulo y blasfemo, prueban, mejor que cuantas razones pudieran aducirse, lo mucho que se habia relajado el lazo religioso, y lo poco que los gobernantes se curaban de la ortodoxia pagana, y tambien del respeto debido á cosas por tanto tiempo consagradas. Véase en qué términos habla Timon el misántropo á Júpiter, al dios muy bueno y muy grande, al señor de los dios

ses y los hombres, en uno de los diálogos de Luciano (1): « ¡ Oh Júpiter! protector de la amistad y de la hospitalidad, tú, que presides las sociedades y los festines, que fulminas rayos y recibes nuestros juramentos, amontonador de nubes, agitador del fragoroso trueno; tú, en fin, á quien los poetas en su entusiasmo dan tantos otros nombres, especialmente cuando les embaraza el metro, pues entonces tomas á su antojo nombres de toda clase, sostienes el final del verso y llenas los vacíos del ritmo: ¿dónde están ahora tus resonantes relámpagos, tu trueno con su terrible estruendo, y tu rayo encendido, centelleante, espantoso? ¡ Oh! tiempo ha que esas no son mas que necesidades engendradas por la cabeza de los poetas, de las que solo queda una sonoridad de palabras. Ese rayo tan celebrado, que de tan léjos heria, y del que siempre estaban armadas tus manos, no sé cómo se ha extinguido y enfriado hasta el punto de no conservar ya siquiera una centella de ira para castigar á los malvados. Sí, un hombre que meditase el perjurio, antes temeria el pábilo de una lámpara mal apagada el dia anterior, que la llama de ese rayo que doma el universo. Paréceles que lanzas un velustozon, cuyo fuego y humo no han de amedrentarles, y que el peor mal que puede hacerles es cubrirles de hollin. » Aristófanes, á quien con tanta frecuencia imita Luciano, y los demás antiguos autores cómicos, entregaron mas de una vez al popular escarnio ciertas leyendas, ridículas en efecto, ó ciertos dioses á quienes apenas respetaba el pueblo; pero lo que Luciano toma aquí por objeto de sus sarcasmos, con el nombre de Júpiter, es la idea misma de la

(1) Luciano, *Timon*, cap. I.

Divinidad, es la noción misma de la Providencia. Durante aquel siglo extraño, al lado de los cristianos, que llevaban en sí la suerte del mundo; al lado de los estóicos, que por sus sentimientos y doctrinas morales eran cristianos sin saberlo; la muchedumbre, que había perdido la fe en sus dioses antiguos, vivía en una absoluta indiferencia, ó se abismaba en estúpidas y degradantes supersticiones. Había adivinos, hechiceros, taumaturgos; charlatanes hubo que se proclamaron dioses: Apolonio de Tiana tenía creyentes y adoradores después de su muerte, y también los tuvo durante su vida.

Luciano moralista y escritor.

Cuando Luciano se ciñe á criticar las extravagancias y ridiculeces de sus contemporáneos, admira tanto por su buen sentido como por su imaginación y agudeza. Con qué implacable franqueza descubre las artimañas de los sofistas y patentiza la pobreza filosófica ó literaria de los hombres que se engalanaban ante el pueblo con los hermosos nombres de orador y de filósofo! No es Sócrates con su deleitosa urbanidad; es una razón imperturbable, una inagotable erudición; son chanzas de buena ley, y con tanta viveza dichas como con justicia aplicadas; es un arte donde se nota á un tiempo algo del ingenio de Platón y algo de la petulancia de los antiguos autores cómicos.

No es Luciano muy original por el fondo de las ideas; pero sobresale en expresarlas, en ponerlas de relieve y facilitar la percepción de sus más ténues graduaciones. Emplea comunmente la forma del diálogo, y á nadie cede, ni á Platón siquiera, en la imitación de los giros de la conver-

sación familiar, en la gracia y sal de la dicción; pero sus diálogos son en general muy cortos, y del todo fantásticos; queremos decir que Luciano pone en escena á personajes de pura invención los más, quienes se hablan en virtud del capricho artístico y de la voluntad soberana del autor: por ejemplo, Timón y Mercurio; la Virtud, el Silogismo, y los filósofos; el zapatero Micilo y su gallo; muertos de todos tiempos y países. Propiamente hablando, no son composiciones dramáticas, sino sencillas pláticas filosóficas, más ó menos serias, bosquejos de moral, de arte ó literatura. Entre esos diálogos los hay que no tienen grande importancia, y cuyo precio solo consiste en la exquisita perfección de un estilo digno de la época de los grandes prosadores áticos; pero algunos son obras perfectas en su género, y dignas de figurar en primer lugar, después de las incomparables obras del gran Platón. Nadie hay que no conozca los *Diálogos de los Muertos*, el *Sueño*, *Toxaris*, la *Nave*, y otras tantas producciones admirables en muchos conceptos.

Los opúsculos donde Luciano habla en su propio nombre no son tan célebres como sus diálogos; en ellos, empero, el autor no es inferior á sí mismo: la *Muerte de Peregrino*, por ejemplo, y la *Vida del Falso Profeta Alejandro*, son narraciones muy amenas; y el *Tratado sobre el Modo de escribir la Historia* es un libro muy instructivo, al par que una obra maestra de chiste elegante y de buen gusto.

Novelas de Luciano.

Hay dos escritos de Luciano que merecen particular atención. Son dos novelas, intitulada la una *Historia verdadera*, y la otra *Lucio ó el Asno*. Estas dos novelas son también

sátiras. Lo que Cervantes hizo para ridiculizar las extravagantes historias de los autores en boga en la España de Felipe III, habíalo hecho Luciano para desaficionar á sus contemporáneos de obras aun mucho mas extravagantes que los libros de caballería. Sea dicho sin ninguna comparacion de sus dos opúsculos con la grande epopeya de los hechos y aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha. Observamos solamente la similitud de la intencion, y el empleo del mismo medio en un fin del todo semejante.

En tiempo de Luciano las novelas en boga pertenecian todas mas ó menos á dos disintintas categorías: los viajes imaginarios y las metamórphosis. Creíase que la *Odisea* habia suministrado el tipo primitivo de esta clase de obras. La Circe de Homero convertia á los hombres en animales. En las metamórphosis, el plan general de la ficcion era la historia de las trasformaciones de un hombre en otro hombre, de un hombre en animal, ó de un animal en hombre. El héroe de Homero fué á unos países que despues nadie visitó nunca, y los cuales nunca existieron sino en su rica y fecunda imaginacion. Otros quisieron á su vez ilustrarse con descubrimientos que podian hacer sin salir de casa, y refirieron lo que habian imaginado de otra Scheria, de otro país de los cimerianos, ó bien de alguna region aun mas fantástica. «Iámbulo, dice Luciano en el preámbulo de la *Historia verdadera*, compuso sobre las producciones del Océano una multitud de cuentos increíbles, y aunque nadie se deje engañar por sus invenciones fabulosas, supo hacerlas algo interesantes, merced al modo con que trató el asunto. Otros muchos, con el mismo designio, ingirieron en la relacion de sus supuestos viajes, de sus lejanas excursiones,

la descripcion de animales monstruosos, de salvajes y de costumbres extrañas.»

No sabemos el título de la obra de Iámbulo, ni los nombres de los numerosos autores que fueron antecesores ó émulos de aquel inventor de cuentos, cuya época tambien se ignora; pero sabemos que de las novelas cuya análisis hizo Focio, la mas antigua era un viaje imaginario, en cuyo fondo se hallaba como embutida una historia de amor. Llevaba por título: *Cosas increíbles que se ven allende Tule*. Según Focio, el autor de la novela vivia en el siglo posterior á la muerte de Alejandro; pero obsérvese que el nombre del escritor, Antonio Diógenes, indica manifiestamente un griego romanizado, y por consiguiente, un hombre que de seguro vivió en los últimos tiempos de la república ó en los primeros años del imperio. Como quiera que sea, apenas cabe duda en que los escritos de que habla Luciano perteneciesen los mas á tiempos ya remotos. Las metamórphosis á lo menos databan de algunos siglos. Apuleyo, que escribió la metamórphosis por excelencia, da el nombre de *Milesiana* á su *Asno de oro*; y por lo tanto, las fábulas de Mileto, cuya licencia nota Ovidio, eran metamórphosis. No pretendemos que Aristides de Mileto solo contase historias de trasformaciones; pero de seguro refirió algunas, y como él, su imitador latino Sisena, cuyos libros escandalizaron el pudor del general de los partos, en la época del desastre de Craso. Seria enteramente inútil proponerse decir la mayor ó menor parte de maravilloso que encerraban los cuentos de Sisena ó Aristides. Bástanos lo que da á entender la expresion de Apuleyo.

Algunos han llegado á afirmar que el cuento intitulado

Lucio ó el Asno era una de las fábulas de Mileto redactadas por Aristides ó por algun émulo suyo; pero nada dista mas, como lo observa un crítico, de la muelle languidez de las obras jónicas, que el estilo sóbrio, preciso y algo árido del autor de *Lucio*. Además, adviértense mil indicios de una literatura envejecida que abusa de la imaginacion, y de una civilizacion refinada y corrompida que se burla de las cosas mas santas. La fecha del libro está escrita, digámoslo así, en cada página, casi en cada línea; y verdaderamente es menester cerrar los ojos para no ver donde quiera el ingenio y la mano del gran burlon de Samosata.

Lucio ó el Asno.

Por lo demás, véase lo que se lee en la *Biblioteca* de Focio: «He leído las *Metamórfosis* de Lucio de Patras en varios libros. La dición es clara y elegante, el estilo lleno de suavidad. El autor evita con cuidado las coordinaciones insólitas de palabras; pero en el fondo de las cosas, rebusca excesivamente lo maravilloso: es en cierto modo otro Luciano. Los dos primeros libros reproducen casi literalmente la obra de Luciano intitulada *Lucio ó el Asno*, á menos que Luciano copiase á Lucio. Yo hasta me inclinaria á creer que Luciano es el imitador, pues no he podido descubrir cuál de los dos es anterior al otro. En ese caso sacaria su obra, como de un mineral en bruto, de la de Lucio, abreviando, suprimiendo cuanto no cumpliera á su objeto, y conservando las palabras y los giros; de suerte que el libro intitulado *Lucio ó el Asno* no sería mas que un agregado de todos estos plagios. Por lo demás, en ambos se encuentran iguales invenciones maravillosas, iguales indecencias, con la única

diferencia de que en esta obra, como en todas las que compuso, Luciano solo se propone reirse y mofarse de las supersticiones de Grecia. Lucio, por el contrario, habla seriamente: cree en las trasformaciones de hombre en animal y recíprocamente, y en todo el baratillo de fábulas añejas que ha contado y zurcido en su libro.»

Es evidente que Luciano escribió su novela despues de Lucio, y para burlarse de Lucio y sus parientes. Supongan VV. á Luciano anterior á Lucio, y no comprenderán cómo pudo hacer de Lucio el héroe de su novela, vestirle con la piel de asno, y ponerle en situaciones análogas á las en que el mismo Lucio habia de poner mas adelante á sus propios héroes. La parodia debió de ser posterior á las historias seriamente absurdas que menciona Focio. Luciano supo combinar con admirable habilidad los dos elementos que componen el libro. La sátira nunca desluzca la narracion, ni la narracion oscurece nunca la sátira. Su novela es una salpimentada exposicion de los deleites y miserias de la vida, tal como era en aquella época; y salvo algunos rasgos licenciosos que hubiera podido suprimir sin ningun perjuicio, ni aun para su reputacion de hombre agudo, es un cuento muy bien compuesto, viva y chistosamente referido, en el cual la verdad se hermana sin trabajo con lo fantástico y lo inverosímil. El asno que ha sido y vuelve á ser hombre nos interesa tanto por sus aventuras como pudiera hacerlo el héroe mas distinguido; y eso dimana de que bajo aquella forma grosera, bajo aquel rudo y desaliñado pelo, se entrevé todavía á un hombre; de que en aquellas entrañas de animal hay un corazon humano, ora helado por el temor, ora animado por la esperanza, el cual experimenta alternativamente, como el nuestro, los sentimientos mas diversos.

Historia verdadera.

En el preámbulo de la *Historia verdadera* explicó el mismo Luciano lo que se había propuesto al escribir esta obra. «Los atletas, dice, y los que se dedican á los ejercicios físicos, no piensan solamente en el buen estado del cuerpo y en la frecuente asistencia á los gimnasios; también procuran darse momentos de descanso y este mismo descanso es á sus ojos la parte mas esencial de sus ejercicios. Lo mismo ha de suceder en mi sentir, á los que se dedican al estudio; despues de una larga aplicacion á obras sérias, necesitan dar alguna tregua á su entendimiento para disponerle á proseguir el trabajo con nuevo vigor. Nada mas idóneo para facilitarles esa distraccion que la lectura de obras que, sobre ofrecer al pensamiento un deleite con la gracia y amenidad de la dición, se recomienden por la concepcion y como obras de arte. Yo creo que este opúsculo gustará por esta razon; agrada- rá, no solo por la singularidad del asunto y la feliz eleccion de los pormenores, por la verdad de las ficciones, por el atractivo y verosimilitud de la narracion; sino también porque en esta produccion cada pensamiento contiene una festiva alusion á alguno de los poetas, historiadores y filósofos antiguos que atestaron sus escritos de un sin número de prodigios y sucesos fabulosos. Yo hubiera podido citar sus nombres, si tú, lector, no hubieses de adivinarlos fácilmente.» Con todo, Luciano cita algunos nombres: Ctésias el historiador, y el Iámbulo de quien hemos hablado. Téngase también presente la frase que mas arriba hemos transcrito acerca de los demás autores de viajes imaginarios. Hubiera podido nombrar, y en primera línea, á An-

tonio Diógenes. El Sr. Zevort, que últimamente tradujo las *Novelas griegas* (1856), lo observa con razon. «Al leer la *Historia verdadera*, dice, pudiera creerse que Luciano sacó de su rica imaginacion todas las consejas que refiere, los hombres-plantas, las sirenas con pata de asno, la isla-queso, el viaje á la luna, la permanencia en el cuerpo de la ballena, y la batalla de las islas, á fin de evidenciar mejor el absurdo de estas miserables invenciones; pero cuando en Diógenes se hallan algunas de las concepciones mas increíbles de Luciano, y un gran número de otras no menos extravagantes, como la excursion á la luna, el viaje á los infiernos, con la descripción histórica de los lugares, los hombres que solo ven de noche, los encantamientos que hacen morir cada dia y resucitar á puesta del sol; es forzoso convenir en que la cosecha de sueños fantásticos era asaz abundante para que solo faltase desechar y elegir.» Por su parte, Luciano eligió con exquisito tacto. Su burlesca odisea es una lectura altamente amena y sabrosa, y casi no tiene mas defecto que el de ser incompleta, pues termina al fin del libro segundo, allí donde el autor anuncia otros varios que habían de comprender la narracion de sus aventuras despues de su naufragio en el continente de los antípodas.

Lo que constituye la principal gloria de Luciano novelista es haber sugerido á Rabelais y á Swift algunas de sus ideas, y no las menos originales que se admiran en *Gargantua* y en los *Viajes de Gulliver*.

Poesías de Luciano.

Sin ser gran poeta, Luciano componia buenos versos. Entre sus epigramas, esparcidos en la *Antología*, hay uno

donde él mismo habla de la coleccion de sus obras : «Luciano es quien ha escrito esto, instruido en los sucesos antiguos y censor de necedades. Que hasta es necedad lo que parece sensato á los hombres. Estos no tienen ninguna idea fija y cierta : lo que tú admiras, hace reir á otros.» Vemos que Luciano no trataba de ocultar su escepticismo, del cual se gloria como de su mejor título al aprecio de los amigos de la verdad, ó si se quiere, de los enemigos de la mentira y de la universal hipocresía. No hemos citado aquel epigrama como la mejor produccion poética de Luciano. Algunas valen infinitamente mas, así por el fondo como por el giro y la expresion. En general, son bastante mordaces y maliciosas, y merecian muy bien el nombre de epigramas, hasta en el sentido que siempre le damos en francés. Citarémos uno de alguna extension, cuya sal es asaz picante para no perder todo su sabor en la traslacion de un idioma á otro. «Un médico me envió su hijo, para que aprendiese en mi casa las bellas letras. Así que el niño supo *Canto la cólera* (1) é hizo *innumerables males* (2), y el verso que sigue á esos dos: *precipitó á los infiernos muchas almas valerosas*; el padre no quiso que recibiese mas lecciones mias. Y cuando me vió: Amigo mio, dijo, te doy las gracias ; pero mi hijo puede aprender todo eso en mi casa, pues yo precipito á los infiernos muchas almas, y para esa tarea no necesito á un profesor de bellas letras.»

Al hablar del poeta Rinton, hemos mencionado las dos parodias trágicas á Luciano atribuidas. La primera, donde el poeta pone en escena á un gotoso con la misma Gota y

(1) Homero, *Ilíada*, v. 4 del canto 1.

(2) *Id.*, *íd.*, v. 2.

sus secuaces, y donde la diosa da incontestables pruebas de su soberano y terrible poder, es obra de un talento muy distinguido, y puede figurar entre las producciones mas ingeniosas de Luciano. Es imposible concebir una aplicacion mas acertada del majestuoso estilo de la tragedia y de los esplendores líricos del coro á la expresion de infortunios risibles, de ideas y sentimientos grotescos. Dudamos que el mismo Rinton hubiese escrito nunca en su tiempo cosa alguna que superase al *Gotoso Trágico*. Nada decimos del *Pié Ligero*, que es la mas débil de las dos hilarotragedias, y cuya autenticidad se disputa con razon. Véase la imprecacion con que principia el personaje á quien la Gota ha esclavizado para siempre : «¡ Oh nombre detestable, oh nombre detestado de los dioses! Gota que haces gemir sin cesar, hija del Cocito, tú á quien en los tenebrosos antros del Tartaro concibió en sus entrañas la furia Megera ; tú que mameste, funesta criatura, la leche de Alecto ; ¿ quién te hizo subir á la luz, divinidad maldita ? Tú viniste para ser el azote de los hombres. Sí ; si hay despues de la vida un suplicio para castigar á los mortales por los crímenes que en la tierra han cometido, no es la sed lo que hubiera debido castigar á Tántalo, ni la rueda giratoria á Ixion, ni el peñasco á Sisifo, en los dominios de Pluton : bastaba sencillamente que á todos los malvados se les hubiese sujetado á tus dolores, que atormentan los miembros. ¡Cuán penetrado está mi triste y pobre cuerpo, de la punta de los dedos á la planta de los piés, de un jugo viciado, de una bilis amarga ! ¡Cómo exhala trabajosamente del oprimido pecho este débil aliento, y cómo lo consumen interiormente continuos sufrimientos ! El mal inflamado se lanza del fondo de mis entra-

ñas, devorando mis carnes con sus ardientes torbellinos. No parece sino que es el cráter del Etna que arroja llamas.» Ese tono tragi-cómico es el de todo el drama; y cuando el Gotoso habla con el baston de que ni siquiera puede servirse, especialmente cuando se ve reducido á confesar delante de la Gota la inutilidad de los remedios, y á implorar la piedad de aquella á quien antes ha maldecido, sus acentos son aun mas patéticos, esto es, mas chistosos.

CAPÍTULO XLVI.

Otros escritores del siglo de los Antoninos.

HERODES ATICO.—ELIO ARISTIDES.—HERMÓGENES.—IAMBlico EL NOVELISTA.—
MÁXIMO DE TIRO.—SEXTO EMPÍRICO. APIANO, ETC.

Herodes Atico.

Hubo en aquel siglo un gran número de sofistas que alcanzaron fama de oradores excelentes ó de escritores aventajados. Tal fué, por ejemplo, Tiberio Claudio Atico Herodes, conocido con los nombres de Herodes Atico. Nació en Maraton (Atica), en los primeros años del siglo II. Su padre le dejó una gran fortuna, de la que él hizo noble uso. Antonino Pio le nombró preceptor de sus dos hijos adoptivos Lucio Vero y Marco Aurelio. En 143 fué promovido á la dignidad de cónsul, y encargado del gobierno de una parte de Asia y Grecia. Embelleció Atenas con magníficos monumentos, algunos de los cuales aun subsisten en nuestros dias. Herodes Atico era improvisador antes que escritor, y adquirió gran reputacion con sus declamaciones. Es de creer que, como ateniense, se preciaba de una intachable pureza de

diccion; á lo menos lo poco que escribió, sus *Disertaciones* y sus *Efemérides*, se distinguia por esta calidad, si no por la originalidad de las ideas. Estas dos obras han perecido. La declamacion *sobre el Gobierno*, que lleva su nombre, se halla muy falta de buen sentido y está escrita con muy poco gusto, para que podamos atribuirla á un hombre que estuvo dotado de talento político, que era práctico en los negocios, y pasaba por un continuador de las buenas tradiciones oratorias.

Elio Aristides.

Poseemos numerosos discursos de Elio Aristides, discípulo de Herodes Atico, y estas obras son de alto interés para la historia de la decadencia del paganismo. Aristides era un pagano ardiente, y hasta una especie de iluminado. Bitinio de nacion, despues de largos viajes fijó su residencia en Esmirna, donde desempeñó hasta su muerte el cargo de sacerdote de Esculapio. Arruinada Esmirna en 178 por un terremoto, determinó á Marco Aurelio á reedificarla. Aristides no fué mucho menos célebre que su maestro: los contemporáneos no vacilaban en tenerle por uno de los primeros oradores. No necesitamos decir que en nada se parece á Demóstenes. Es un declamador hábil y un escritor limado; imita con bastante acierto los modelos antiguos, y trata los lugares comunes de moral con verdadera superioridad. Sin embargo, aquel estilo claro y elegante, aquellas ideas tomadas de todos, aquel arte y aquel espíritu solo constituyen, en suma, obras de un género falso, insulso y fastidioso, menos, como ya lo hemos dicho, para los que estudian el estado moral de las almas durante aquel período extraordinario. En los escritos de Aristides se advierte el influjo de